



Prólogo

LA PROMESA HISTORIOGRÁFICA, A MANERA DE PRÓLOGO

Me gusta la historia. No sería historiador si no me gustara. Cuando el oficio que se ha elegido es un oficio intelectual resulta abominable dividir la vida en dos partes, una dedicada al oficio que se desempeña sin amor y la otra reservada a la satisfacción de necesidades profundas. Me gusta la historia y por eso estoy contento al hablaros hoy de lo que me gusta. **FEVRE, Lucien. Vivir la Historia. En: Combates por la historia. Barcelona, Ariel Ed. 1986.**

En cualquier momento en el futuro, por motivos que son en sí mismos históricos, a menudo estimulados por la controversia, las colectividades experimentan la necesidad de imponer un test de credibilidad sobre ciertos acontecimientos y narrativas porque para ellos importa si esos hechos son verdaderos o falsos, independientemente de si estas historias son realidad o ficción. **TROULLOT, Michel-Rolph. Silenciando el pasado: el poder y la reproducción de la historia. Granada, España. 2017.**

Viajar en el tiempo ha sido uno de los sueños y ensueños más comunes del siglo XX y de lo que llevamos del XXI. El cine, la literatura y el teatro se han convertido en el placebo momentáneo, en una pequeña dosis de consumación de ese deseo, siempre y cuando se suscriba la vieja cláusula de consentir y disfrutar aquello que se representa con gestos y decires a sabiendas de ser ficción, y nada más que una ficción escenificada ante nuestros ojos para desaparecer tan pronto sea posible. Mirando de frente a ese amplio universo, no resulta un desvarío proponer que existe otra forma de viajar en el tiempo: la promesa historiográfica.

El minucioso y detenido ejercicio en búsqueda de poder interpretar y develar qué ha sido de la experiencia de hombres y mujeres en el tiempo y en el espacio, mediante documentos que son leídos irremediabilmente desde disimiles

presentes, bajo técnicas de desciframiento de lenguajes y de prácticas cuya semántica muchas veces escapa, puede presentarse en nuestros días, como el ejercicio por excelencia de ese viaje en el tiempo. Ello dista de ser más que un pregón a favor de la pronta imaginación, para ser en realidad un elogio al trabajo minucioso, elaborado, científico y artesanal (porque la historiografía depende de ambos) que se condensa en todo ese constante ejercicio por seguir de cerca pistas, descifrar actores, entrever circunstancias, auscultar los documentos con la calma y sabiduría necesaria, conversar con lo ya dicho, dudar de los lugares comunes, rescribir, proponer y hasta dar fe de aquello ininteligible, distante o hasta insuficientemente trabajado, para que otros vengan a tomar esas mismas riendas. Es en esa clave de interpretación donde sitúo el texto que aquí se trata de prologar.

El viaje en el tiempo que ha emprendido su autora, entre mapas, manuscritos y periódicos, llega ahora ante nos y la excusa necesaria es una historia de la fiesta de San Pacho, en Quibdó. Es el tiempo para que el lector emprenda un viaje que le remonta siglos atrás y que le habla de un mundo cuando no encantado, sí encantador. Pero antes de describir aquello que se avecinará en páginas venideras, partamos de algunos rasgos de nuestro presente, los cuales pueden presentarse como prenociones, lugares comunes o verdaderos obstáculos para divisar la complejidad social, cultural y hasta política de la fiesta. Si se quiere, interpretaciones apresuradas, muchas veces promovidas por los avatares que vive el campo contemporáneo de las ciencias sociales y, hay que aceptarlo, por fuerza de inercia de instituciones y actores interesados en los procesos de patrimonialización de las fiestas, cuyo legado, en general, no va más allá de la escenificación incesante de una única y unívoca visión de la fiesta, con toda una retórica en torno a la preservación de eso definido como patrimonio, en la que se esconde un verdadero proceso de mercantilización de la cultura. Aquí viene a bien algunas palabras de un prestante historiador nacional:

Habría que pensar, intentando el balance de una época y de muchos esfuerzos intelectuales, si en las décadas finales del siglo XX el universalismo antropológico no ha vuelto a ocupar su lugar dominante, o si bajo la idea de lo humano, de la lucha contra la tiranía de lo social, de las huellas de la africanía -como herencia permanente e imborrable-, de la consideración de las culturas como formaciones ancestrales y de las búsquedas identitarias, no se esconde un regreso a la idea de naturaleza humana, sólo que en esta oportunidad no como naturaleza humana universal, sino, peor, como naturaleza humana inmutable de grupo. (...) En la práctica reciente de las ciencias sociales en Colombia-

ciencias sociales cuya orientación norteamericana y postmoderna es obvia-, las diferencias sociales y culturales se han convertido en un exotismo diferenciador, pues han sido, al mismo tiempo, extremadas y esencializadas, y han dado lugar de manera un poco tardía a una inofensiva pero aburridora retórica de la alteridad -e incluso a una definición restrictiva de la antropología como ciencia de las diferencias culturales-. Tal situación no ha dejado de introducir una especial distorsión en el análisis de la historia de las relaciones sociales entre grupos de orígenes étnicos diversos, distorsión que ha servido sobre todo para influir en las políticas públicas, para sostener una cierta cantidad de las ONG, para alimentar la industria editorial, para ofrecer materias para trabajos universitarios y para dar nuevos bríos a discusiones sobre la colombianidad y la diferencia. Esto último, a su vez, ha permitido construir pequeños fortines teóricos y densas narrativas de dudosa inspiración literaria, lo cual produce en su conjunto un fenómeno afirmativo de grupo que, seguramente con justas razones, produjo un asalto al viejo y pequeño establecimiento historiográfico anterior, en una época de crecimiento de poblaciones universitarias, de diversificación y modernización de la oferta académica y, por lo tanto, de ampliación del ejército de la docencia, con todo lo bueno y lo malo que esa novedad pueda acarrear.¹

Pero como la labor que nos convoca es en menor medida una crítica al actual rumbo de las ciencias sociales, demos paso a lo que puede hallar el lector de turno en lo que viene páginas arriba. Me atrevo a creer que el mérito de este libro es proponer una visión de la fiesta de San Pacho en Quibdó, a la altura de un fenómeno social cuya complejidad camina de la mano con el extenso periodo en el cual ella misma se ha desarrollado; y es que el libro no retrata una especie de continuidad teleológica, sino que nos muestra cómo la fiesta es, en últimas, una sumatoria de dinámicas sociales, políticas y culturales en contextos diferenciados, en los cuales los marcos más diversos de relaciones sociales, de lucha, evangelización, dominación y transculturación han tenido lugar. Hay entonces, en realidad, muchas fiestas en la fiesta de San Pacho.

Digamos, además, que otro mérito de este texto es el haber tratado de descifrar una historia ligada a geografías bastante complejas para quienes tenemos que trabajar con documentos, especialmente escritos. No es de poca monta la necesidad de superar la ausencia de sólidos archivos locales en el Chocó, siendo necesario recurrir a acervos que desde otras geografías y/o instituciones permiten hablar sobre lo que allá acontecía, sobre la vida cotidiana, sobre la tragedia y la comedia de los cuerpos, sobre mucho de lo que quisiéramos

¹ SILVA, Renán. Lugar de dudas: sobre la práctica del análisis histórico. Breviario de inseguridades. Bogotá, Universidad de los Andes. 2014. 54, 60-61

saber así fuese a cuentagotas. Justo en un país con una lozana, triste y lúgubre tradición archivística, regiones como las del Chocó, en general, representan uno de los desafíos más complejos.

Quizá lo anterior explique en nuestros medios, la común predilección metodológica por muchas observaciones etnográficas apresuradas que, desde el plano de la inmediatez, dicen y pontifican sobre qué es la fiesta, qué implica la fiesta, cuál es su pasado y hasta su futuro. Al tiempo, explicaría el recurso irreflexivo a entrevistas que abordan a personajes que siguen muy bien el canto de sirena de las instituciones culturales de moda, hasta fingir y fungir como empresarios étnicos, interesados en reproducir a diestra y siniestra una visión de la fiesta cuyos linderos van desde el legado familiar o el esencialismo de corta mira. Ahora bien, esta voz crítica frente a la usanza natural de algunos abordajes no pretende desvirtuar la importancia que tienen los discursos de los distintos actores sociales que hoy hacen parte activa de la fiesta, sea en su mismo desarrollo, sea para cotejar el universo de las ideas y representaciones tras bambalinas. Mejor que ello, se parte de la idea de que el científico social no debe quedarse a raja tabla con aquello que dicen los actores sin problematizarlo, a sabiendas de que, en el mejor de los casos, buena parte del análisis empieza y no acaba con el testimonio oral, cuestión metodológica que debería estar presente en todo tipo de abordajes históricos, antropológicos y sociológicos. Tampoco se trata de proponer una vuelta al más estrecho y recalcitrante pensamiento unidisciplinar, ni tampoco un desprecio por la labor del antropólogo juicioso. Mejor que ello, creo que por la violenta vía de la pequeña crítica puedo destacar que en este libro, el recurso a acervos disímiles resulta propositivo para venideros estudios, y los mapas de distintos siglos (y/o momentos), en los que siempre la avanzada peninsular trataba de retratar dónde se ubican indios y riquezas (entiéndase aquí minas), seducen la mirada del lector. He ahí un primer atisbo de un viaje hacia el pasado al emerger interrogantes como los siguientes: quiénes eran esos indios cuyas voces cuasi siempre escapan, cómo podemos imaginar (bajo algunos límites sensatos) la avanzada del peninsular en armas o del enviado de la cruz por paisajes cuasi siempre agrestes a este, como los centros letrados aleñados (Cali, es un buen ejemplo) representaron con la grafía aquello que acontecía en el Chocó y cómo podemos escapar de los límites de su misma representación. Precisemos un poco que esa última pregunta esconde condicionantes mayores y válidos para todo el proceso de conquista a nivel continental, pues algunos estudiosos han precisado que por 1492 existían en el continente al menos 1500 lenguas pertenecientes a 170 familias lingüísticas. En un descomunal y

reciente estudio puede leerse: “se hablaba una lengua distinta en cada valle, tras cada colina, como confirmaría, pasada la primera mitad del quinientos, el jesuita José Acosta, uno de los primeros y más acertados estudiosos de la etnología amerindia.”²

Vamos por partes. En el primer capítulo de este libro se abordan los inicios del siglo XVI hasta 1648. La fundación de Quibdó es brevemente retratada bajo las gestas fallidas de las avanzadas militares, una vez el modelo de asentamiento de la Ciudad Ordenada se extendía por la geografía virreinal, tal cual los casos de Santa Marta, Santa María la Antigua del Darién, Cartagena de Indias y Santafé. Son icónicos los escritos en 1553 del capitán Sánchez de Narváez expresa al rey la necesidad de poblar (y controlar) la por entonces Provincia del Chocó y las avanzadas por el hoy conocido como Río San Juan, en donde el contacto entre jesuitas e indios noamamaes es un hito fundacional. Las toponimias hispánicas avanzan por lo que sin duda alguna era un espacio también connotado por las distintas sociedades indígenas, a pesar de que las primeras hayan prevalecido sufriendo un intrínseco sincretismo. Leamos con el detenimiento necesario el siguiente extracto con el que Don Francisco Sarmiento de Sotomayor anunciaba desde Cali, un 14 de abril de 1610, el envío de una Relación (la escritura y la cartografía en conjunto) en el que el espectro de El Dorado hacía del Chocó un objeto de deseo, detenimiento necesario entre otras cosas, para poder viajar hacia estos lejanos horizontes temporales:

Señor. En la que tengo escrita a Vuestra Merced de veinte y seis de marzo de esta año por tres capítulos della hago relación de la que tengo del descubrimiento de el Dorado y de la población que envío a hazer a las Barbacoas y de la riqueza de las minas de oro de la Provincia del Chocó, y porque en el de esta Provincia Me parece es conveniente dar mas larga relación, envío a Vuestra Merced el Mapa de estas Provincias y certificaciones del oro que se sacaba en sus minas que van con esta para su mejor entendimiento. Esta Provincia del Chocó está a la parte occidental de esta gobernación de Popayán entre ella y el Mar Del Sur. Estuvo en ella poblada de españoles la ciudad de Toro tan rica de minas de oro que se sacaba de ellas un peso de jornal cada día por cada un jornalero y algunos a más (que halle despobladas y por cuya culpa constará a Vuestra Merced de la residencia de mi antecesor la qual despoblación tiene empobrecidas y casi perdidas muchas ciudades de esta gobernación ay en ella descubierta y vistas por españoles las provincias de yndios Chocoes, Noana-

2 MUÑOZ MACHADO, Santiago. *Hablamos la misma lengua: Historia política del español en América, desde la conquista a las Independencias*. Barcelona, crítica Ed. 2017. P 46.

mas y Cirambiraes y noticias muy ciertas de otros yndios llamados Obiras, Ca-trues y Dabaybes dizen los yndios esta un muy rico Santuario de muchas joyas de oro ofrecidas a este ydolo Dabaybe y los españoles praticos de esta tierra ay en ella copias de indios suficientes en tierras de buen temple para poderse poblar quatro o cinco pueblos de españoles ricos de minas de oro, granates y perlas en su costa Marítima del Sur y como he dicho en la carta referida de veynte y seis del pasado parece necesario para la seguridad de la labor de las minas poblarse y pacificarse los yndios que lo ympiden y aunque voy abriendo el camino previniendo y disponiendo lo conveniente para la entrada a la labor de las dichas minas no en toda execucion hasta ver lo que Vuestra Majestad es servido mandarme a quien dios nuestro señor guarde Muchos años como la christiandad ha menester. ³

No obstante, los informes siguen revelando la resistencia profunda de los indios para ser sujetados, las expediciones militares se suceden en el tiempo, los primeros triunfan en varios frentes y batallas, los peninsulares se resisten a abandonar la empresa de conquista. A fin de cuentas, el tiempo de la espada como mecanismo básico de reducción de indios queda en entredicho, o por lo menos pierde su rol preponderante. Es el momento para que el poder intelectual de las ordenes religiosas entre en escena; la violencia física cede lugar a la violencia simbólica. Allí arranca el segundo capítulo, del cual su mejor preámbulo pueden ser algunas viejas precisiones en torno a cómo, sin comunicación verbal eficaz, no podía haber evangelización, reducción y sujeción de la fuerza de trabajo. Bien dice Prién:

El éxito del predicador no depende solamente de su credibilidad, sino también de su capacidad de explicarse en la lengua de los oyentes. Todos los conquistadores, colonizadores, encomenderos, corregidores etc, tenían el mismo problema: tuvieron que vencer las barreras lingüísticas para imponer sus intenciones a los indígenas. Pero los representantes de la iglesia tenían una responsabilidad mucha mayor, debían predicar la palabra de Dios de manera inteligible. Por esto, no es de ninguna manera extraño que encontremos misioneros entre los primeros estudiantes de lenguas y culturas indígenas, autores de gramáticas, diccionarios y libros etnográficos, o más tarde entre los catedráticos de lenguas indígenas en las universidades.⁴

3 Carta de Francisco Sarmiento de Sotomayor, gobernador de Popayán, a S.M. remitiendo un mapa de la provincia del Chocó, y refiriendo sus riquezas. 14 de abril de 1610. Archivo General de Indias. Signatura: QUITO,16,R.12,N.36. Repositorio digital PARES: http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_desc_ud=413856&fromagenda=N

4 PRIÉN, Hans-Jurgen. Lenguas y evangelización en la época colonial. ¿adaptación o dominación? En: Anuario de Historia de América Latina, N° 30, 1993. P 63. Edición digital disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2553472>

Los misioneros franciscanos son ahora actores claves en la saga, yendo más allá de los límites espaciales a los que habían llegado misioneros de la Compañía de Jesús. En su avanzada hasta el Alto Atrato, Fray Matías puede hacerse a la confianza de indios Citaraes y empezar el proceso de refundación de pueblos indígenas y de erección de iglesias. Lo que la espada no había logrado, por primera vez lo hacían los hombres de la cruz, incorporando paulatinamente el calendario cristiano dentro de las prácticas cotidianas, en dinámicas de evangelización incesantes; la coincidencia entre la conmemoración de la muerte de San Francisco y la erección de la iglesia son el sustrato desde donde nace la fiesta. El correlato, el deseo de evangelización, sujeción y, hay que reconocerlo, explotación de esa fuerza de trabajo en las minas. Sigue a lo largo del siglo XVII constantes avanzadas de misiones no siempre exitosas, que la autora nos presenta con detalle, para seguir viajando en el tiempo; los dibujos que representan a indios del pueblo de Santa María del Tadó, se presentan como (me atrevo a decir) un inédito detalle de fineza para los lectores. Los inicios del siglo XVIII, marcados por el programa reformista borbónico se acompañan con los sucesos locales de la Provincia del Chocó; la sujeción paulatina de las riquezas coloniales al anhelado aparato mercantilista de producción se traduce en constantes desarrollos cartográficos que sitúan en el espacio las riquezas y a los indios, los ríos y los poblamientos. Emergen entonces luchas dentro del complejo universo de la iglesia regular y las misiones por el adoctrinamiento y sus prebendas mientras se configuraba espacialmente el territorio de Quibdó. La fiesta y la fundación del espacio caminan de la mano.

Por último, un tercer capítulo retoma el periodo que va entre fines del siglo XVIII hasta 1896. Acostumbrados como estamos a leer tal horizonte, desde las epopeyas independentistas, las pugnas partidistas cuasi siempre alrededor de Bogotá, y las guerras civiles, el texto nos presenta otro siglo XIX: los comerciantes y una creciente población negra son rasgos dominantes de una fiesta cuya continuidad en ese lapso queda en duda o simplemente no probada. Hay que recordar que las fiestas republicanas, y el *habitus* de la festividad burguesa hicieron de las suyas. Lo mismo podría considerarse para el caso de los Capuchinos, en gran parte artífices de la continuidad de la fiesta de San Pacho, con programas impresos, rutinas y hasta trompetas. Aquí se cierra el libro y el lector queda en espera de un próximo producto intelectual que aborde ese caprichoso y siempre desconcertante siglo XX y lo que va del XXI.

Terminemos por decir que la promesa historiográfica plantea que a partir de la escritura de la Historia, con todo ese necesario contrapunteo entre ciencia y artesanía, el historiador podría viajar en el tiempo para terminar por volver hacia su presente y tratar de comprenderlo mejor que antes. Digamos que, por fortuna, este texto extiende dicha promesa para quienes tengan la decisión para leerlo. De ser así, no sería un viaje solitario para su autora, aunque bien se dice que el viaje siempre depende de las destrezas del viajero. Es turno para que cada quien se aventure un poco entre páginas. Y qué siga la fiesta. Es todo.

Hansel Mera
Historiador